

Frete libertario

Madrid, 26 de agosto de 1938 || Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro || NUMERO 562

UNA TAREA INMEDIATA

Comisarios de Compañía

Desde la iniciación de la guerra contra el fascismo se ha dicho: el Comisario político es el primero en avanzar y el último en retroceder. Bien merecido tiene este Cuerpo esa definición heroica, que ha conquistado titiéndose de sangre en los frentes de combate, donde se lucha por la independencia política y económica de nuestro país. Los Comisarios, por sus probados sentimientos antifascistas han sido los que más han puesto de su parte en aras de nuestra resistencia contra el invasor. El Comisario ha rendido una capacidad de trabajo, tan grande y beneficiosa, que ha logrado hacer, del Comisariado de Guerra, un Cuerpo imprescindible dentro del Ejército popular. Decimos que ha realizado esta labor tan meritoria, el Comisariado político, para hacer un bosquejo de su historia político-militar; pero, añadimos, que el Comisariado sigue mereciendo su papel de educador antifascista de las grandes masas de combatientes y de director de la conducta de nuestros soldados, que hoy resisten los fuertes empujes de la invasión extranjera, y, además, toman la iniciativa desencadenando ofensivas victoriosas en las que se han logrado conquistar grandes porciones de terreno en los Sectores del frente de Albarracín y del Ebro. Gran parte de estos éxitos hay que apuntárselos al Comisariado político, que día tras día, de una manera constante y metódica, crea en los soldados, procedentes del campo y la ciudad, una moral de guerra inquebrantable por los duros y repetidos embates del enemigo. Ahora bien; es preciso resaltar que si los Comisarios son los primeros en avanzar y los últimos en retroceder, también son los primeros en sacrificios y los últimos en remuneraciones. Nos referimos a los Comisarios de Compañía, quienes, desde la fundación del Cuerpo de Comisarios, vienen ejerciendo sus funciones de educadores políticos de una manera anormal a causa de carecer del correspondiente nombramiento oficial de Comisarios.

El Comisario de Compañía es el alma de todo el Comisariado político, ya que en las pequeñas unidades es donde se trabaja más directamente al lado de los soldados. Sólo ahí se clasifica políticamente el material humano que hay que emplear en la lucha conociéndolo, de antemano, en todo su valor moral. Por ser tan importante el Comisario de Compañía es preciso que se le conceda oficialmente, para el mejor logro de sus fines, todas las prerrogativas propias de su cargo. Todo lo que es necesario debe ser resuelto inmediatamente. Para perfeccionar el Ejército popular todos nuestros esfuerzos son pocos. Normalicemos, pues, la situación de los Comisarios de Compañía.

El zorro a la caza del zorro

A través de la niebla producida por los discursos que inundan a Italia desde hace bastantes días, persiste esta pregunta: ¿Qué ha obtenido Hitler de Mussolini y Mussolini de Hitler? Las evidencias se acumulan sobre un punto importante.

Hitler, evidentemente, no ha obtenido la alianza militar que tanto deseaba. Las precauciones que la cautela ha impuesto a Mussolini han sido aparentemente demasiado fuertes, para lanzarse a una aventura de esa clase en los especiales momentos que vivimos. Esto no quiere decir que haya que descartar completamente las posibilidades de la alianza, sino tan sólo, que por el momento ha sido considerada impropia.

Así, el rimbombante discurso de Hitler comprometiéndose a mantener la "intangibilidad", para siempre, del paso del Brennero, comprometiéndose, además, todo el futuro de la política alemana sobre dicha inviolabilidad, quiere decir, simplemente, que se ha visto obligado a ofrecer públicamente esa garantía, haciendo un esfuerzo para desvanecer las dudas y los temores de los italianos. Si Hitler y Mussolini hubieran alcanzado una identidad de puntos de vista respecto a una alianza, Hitler no hubiera jamás pensado en pronunciar el discurso que ha pronunciado.

Indudablemente el "duce" está seguro del valor de cualquier promesa que Hitler pueda hacer, estando él mismo enzarzado en semejante juego. De esta manera el "duce" afirmó en 1936 su clara determinación de defender la independencia austriaca, y en la primavera de 1938 telegrafaba su felicitación a Hitler por haber terminado con la referida independencia. Como Hitler, seis meses antes anunciaba formalmente que la independencia de Austria era inviolable para siempre. Las palabras "para siempre" representan un período de tiempo demasiado largo; más largo de lo que resulta tolerable para quienes redactan los diccionarios de la política fascista.

Y tanto Hitler como Mussolini no se hacen ilusiones en esta cuestión. El discurso sobre "El paso del Brennero" es un nuevo testimonio para el buen sentido del dictador italiano, de la historia de las invasiones. Y además de esto, le ha detenido del paso final para una alianza armada con Alemania en este momento.

Por otra parte existe la marcha de Alemania sobre las tierras de Austria. Trieste era el antiguo puerto sobre el Adriático del imperio austro-húngaro. Hoy yace al pie de un valle que está bajo el dominio de los yugoeslavos, poblado por eslovenos, entre los cuales se cuenta un pequeño número de alemanes, en su mayoría pobres campesinos.

Estos campesinos alemanes, últimamente, han comenzado a dar suelta a riquezas; riquezas que, por ejemplo, son suficientes para adquirir vastas propiedades a lo largo del valle, sobre la carretera de Trieste, y el financiamiento viene de Berlín. El propósito de esta presión hacia el Adriático por parte de los alemanes es, naturalmente, económico, y su extensión se realiza en contra de los intereses económicos que la Italia fascista tiene en la misma región.

La expansión de Alemania en la Europa del sur es materia que está fuera del control de Mussolini, debido a la disparidad en fuerzas y en geografía. De ahí la benevolencia de Roma hacia Hitler sobre la cuestión de Checoslovaquia. Pero la expansión de Alemania en España, que aumenta continuamente a través de acuerdos y concesiones, da lugar a señales más peligrosas.

Ambos, Mussolini y Hitler, intervienen en España para cumplir ciertos fines de carácter económico y político: el cerco de Francia y la utilización, por su cuenta, de los recursos de España. Pero Mussolini se ha comprometido a salir fuera de España cuando la guerra termine, y Alemania, no.

Maquiavelo, cuya obra "El Príncipe" es el libro de texto de la política de Mussolini, dice que: Ningún príncipe astuto se permite ligarse a sí mismo, en doble y opuesta alianza, con un príncipe más fuerte. Ya que, en tiempo de crisis, o el príncipe más fuerte vence, y entonces convierte a su débil aliado en un subordinado, o bien, si pierde, el aliado más débil sufre también las consecuencias del desastre. Quizás el "duce" recuerda estas palabras de advertencia. El "eje" subsiste y... a ver qué pasa.

Y por esto ha comprendido que el momento no es apropiado para desempeñar el papel del león, y vuelve a su papel favorito: el zorro.

UNCLE DUDLEY
(De "La Controcorrente")

Visado por la censura



¡Símbolos!... ¡Ídolos!

Símbolos, sí; ídolos, no.

Los ídolos son creaciones pobres de doctrinas ideológicas. Los ídolos son intentos de sentimentalismo, plasmados en materia más o menos grosera. Un ídolo no será nunca más que eso, materia.

El símbolo es la misma idea. El símbolo no puede materializarse; si se materializa, pierde de su valor de símbolo, para descender a ídolo.

El símbolo va íntimamente grabado en la profesión de la idea. El ídolo se ha creado por los sacerdotes del rito ideológico. En esto somos francamente iconoclastas.

No admitimos, ni creemos en los ídolos, que caen cuando se les acaba la fe a los creyentes o la voluntad a los sacerdotes.

No creemos en los ídolos que se han levantado para que los adoren los ignorantes, y que se suprimen cuando se estropean o cuando hay otro ídolo más bonito o más bueno.

No queremos ídolos. No admitimos ídolos. Nuestras conciencias sólo admiten símbolos, y como símbolos, los que representan prácticamente los conceptos de Justicia, Libertad y Trabajo.

EL GRAN HISTRION

Mussolini, asistido por una increíble buena suerte, ha logrado un poder sin límites, desarrollando no solamente sus dotes de segunda fila que le hemos reconocido como comunes a todos los políticos, sino también algunas otras, que les son particulares, todavía menos aceptables por quien no sienta el más absoluto desprecio de toda moral.

Estos elementos del éxito mussoliniano pueden reducirse a cuatro:

Una absoluta falta de escrúpulos en la elección de los medios, con destacada preferencia para los peores.

Una desfachatez inigualable en la contradicción con sí mismo, hasta el punto de afirmarla como un mérito.

Un egoísmo monstruoso que le permite sacrificar friamente a su interés personal incluso a sus secuaces más devotos, sin la menor atención para la amistad.

Y, sobre todo, un virtuosismo histriónico que alcanza la genialidad.

No me detengo en los tres primeros elementos de los cuales he hablado en múltiples ocasiones.

El histriónismo de Mussolini, por el contrario, merece ser tomado en consideración ampliamente. Es un tema, que bastaría por sí solo para un libro y es, sin duda, la verdadera causa de su éxito.

Yo niego a Mussolini cualquier otra genialidad; pero no dudo en afirmar que, como histrión, es verdaderamente un genio.

El vive —mejor dicho, ha vivido siempre—, representando un papel igual que un actor en el escenario; de socialista revolucionario intransigente, de feroz defensor de la neutralidad, de intervencionista furibundo; de renovador audaz; de reaccionario a ultranza. Y es justo reconocer que cada uno de estos papeles ha sido interpretado siempre a la perfección.

La mejor excusa para aquellos que incluso hoy se dejan engañar por su habilidad de comediante, es que anteriormente ha conseguido engañar a todos aquellos a quienes ha querido, sin ninguna excepción.

Hombres de notable inteligencia, de agudo juicio, de consumada experiencia, han sido engañados, no menos que las multitudes ignorantes sobre las cuales ha hecho las mismas pruebas.

Yo creo que Mussolini conseguirá incluso engañarse a sí mismo, porque también frente a sí no cesa de recitar su papel. Sería demasiado poco afirmar que el histriónismo es en él una segunda naturaleza. No, es su naturaleza, ni más ni menos.

Hoy declama el papel de gran hombre de estado, de creador de civilización, y es necesario conocerlo "intus et in cute", como poquísimos lo conocen, para darse cuenta del juego histriónico, tan natural y espontáneo le resulta éste.

Tan natural y espontáneo que se ejercita aun cuando ninguna necesidad lo estimula. Un ejemplo: En su autobiografía, cuenta el dolor experimentado por la muerte de su madre. Nada que se preste menos que este sentimiento a una mentira de comediante. Cualquier hombre medianamente normal consideraría sacrilego un truco escénico sobre este tema. Pero Mussolini no siente vacilación. Incluso la muerte de su madre le sirve para declamar su papel del momento. Y escribe: "... in-

cluso "mis profundas creencias religiosas" eran incapaces para mitigar aquel gran dolor".

¡Sus profundas creencias religiosas! Cuando moría su madre, Mussolini era soldado, después de haber estado algunos años en Suiza y en Austria, donde se había manifestado ante las masas y en la prensa no solamente anticlerical, sino como ateo radicalísimo. Es de aquella época su opúsculo "El hombre y la divinidad" en el cual se afirma categóricamente: "Dios no existe; la religión es el absurdo de la ciencia, la inmoralidad en la práctica, una enfermedad en los hombres". Más tarde —es decir, después de la muerte de su madre—, continuó la lucha antirreligiosa con un furor cuyos ecos no se han extinguido todavía. Y, por otra parte Mussolini no ha cesado jamás de proclamarse anticlerical y antirreligioso hasta su subida al poder. La hipótesis de un paréntesis de "profunda religiosidad" durante su servicio militar es tan absurda que no vale la pena de refutarla.

¿Por qué, entonces, ha querido hacer creer en sus profundas creencias religiosas en el momento de la muerte de su madre? ¿Qué necesidad existía de emponzoñar con una mentira tan grosera la referencia a un dolor demasiado humano para que nadie pudiera ponerlo en duda?

Ciertamente no existía necesidad alguna de mentir, pero la mentira es tan connatural en Mussolini, que le ha surgido espontáneamente, si bien no era necesaria, y ni siquiera útil.

El histrión que hoy ostenta la más profunda religiosidad ha creído que su papel moderno exigía incluso esta profanación del recuerdo materno.

Se podría citar ejemplos sin fin del histriónismo mussoliniano. Para no hacer demasiado agudo el disgusto de los lectores citaré preferentemente alguno que sea alegre.

Un día el "duce" recibe a un periodista americano, que ha venido a entrevistarlo. Mussolini sabe que los periodistas americanos no se preocupan demasiado de vejatorias filosóficas. ¡Qué buena ocasión para deslumbrar al periodista y, por medio de él a los lectores del periódico del otro lado del Atlántico, y responde:

—Estoy relejendo los filósofos griegos...

Después, con un amplio gesto lleno de "suficiencia":

—Salvo Aristóteles, me parecen todos malabaristas de las palabras, la filosofía griega, tan alabada, es toda ella en el fondo sofista. No puede estar, ni siquiera lejanamente, en parangón, con la de San Agustín...

Y el pobre periodista americano se va, apresurándose a telegrafiar a su periódico la confidencia, admirado de tal hombre, sin sospechar que ha sido víctima de una descarada falsificación. Hubiera bastado cualquier problema sobre el tema para darse cuenta que Mussolini no ha leído jamás —no ya releído—, los filósofos griegos, ni San Agustín, ni ningún otro filósofo. Pero el periodista no estaba en condiciones de tratarse el tema o no ha pensado en ello, y Mussolini debe haber reído a mandíbula batiente, recordando la "bonne farce" jugada al periodista y a sus lectores.



Lord Plymont tiene que hacer el papel de paciente componedor, a sabiendas de su esterilidad. La disciplina manda.

Praga, España, Palestina... Tres nombres que siguen siendo la pesadilla de Inglaterra; tres problemas que, de día en día, se van agravando mientras otros, de no menor volumen, como el francés, por ejemplo, aumentan las inquietudes que vive Europa desde que Inglaterra se acordó de que poseía un estadista de altura.

Lord Runciman, el hombre bueno, paciente componedor del pleito checosudete, pronto publicará su memoria, la cual quizá tardemos en conocerla, porque hay realidades que matan, y hay que retardar su aireación. España continúa resistiendo, contestando con lenguaje tan contundente a los componedores de Londres, derribando el tinglado intervencionista y sus consecuencias: el creciente auge que viene tomando el fascismo de esta Europa, excepción de España, donde sigue partiéndose las garras, porque Iberia sigue siendo, para bien de los pueblos libres de Europa, el pueblo que no admite tutelas, yugos ni mediación de ninguna clase.

La mentira de la "no intervención", difunta ya, se quiere galvanizar, creyendo los interesados en que siga la farsa, que el tiempo va a hacer el prodigio de atenuar los daños que aquella ha producido, olvidando que la mendacidad ha hecho quiebra, el hacer que se hace sólo trabaja en contra de los que lo quieren repetir el engaño y la política tendente al apaciguamiento, tantas veces explotado por los gobernantes ingleses, no va a dar nada que no sea lo hasta ahora ha venido produciendo, i...

Nada, sin embargo, hace variar la línea de conducta a los pacifistas que están haciendo fatal la bélica contienda del capitalismo europeo, pues más bien exaltan sus ambiciones, repitiendo este juego inicuo, el más tosco y vergonzoso en lo que llevamos de siglo; y aun se espera que el diálogo, la transigencia, el rebajamiento moral que supone mendigar la representación de la farsa con el auxilio italoalemán, para no rendir otro fruto que el que viene dando. Pero es lo que dirá Chamberlain: todo menos reconocer que tenía razón Lloyd George al proclamar desde los Comunes que tal política había puesto a Inglaterra en condiciones de inferioridad moral tan infima, que ya no merecía el respeto y la consideración de Inglaterra en el mundo. Y como así piensa esa desgracia de nuestro tiempo —hemos dicho Neville Chamberlain—, lord Plymouth suda y trasuda, dialogando con los firmantes del plan británico, tratando de ganar tiempo, a fin de quitar gravedad al desdén con que Italia le ha contestado, a través de Burgos, sobre esa pantomima

sangrienta de la retirada de voluntarios.

Y mientras el juego se quiere prolongar, la vista puesta en seguir jugando a la opinión pública inglesa este nuevo fracaso, justo, remata una política tan egoísta como loca y catastrófica, en Palestina, quien los encuentros entre los judíos británicos y los musulmanes, alejándose el momento de la terminación de la guerra de España, para que los españoles no queramos terminarla de cualquier forma, que lo que desearía Chamberlain y representantes de la City en su Gobierno, sino con el triunfo del pueblo frente a sus castas y a sus amos, aunque las minas de Riotinto y Santa Margarita tengan más valor para los negociantes de Londres que la libertad de los pueblos a gobernarse con arreglo a sus libérrimos dictados; y que la propia dignidad, el propio decoro, puestos en entredicho en las aguas del Mediterráneo, al consentir que el pabellón británico se remojará una y otra vez.

Y en Francia... Daladier, el hombre fuerte del partido radical-socialista, interpretando al Front Populaire de la misma manera que podría hacer un Tardieu cualquiera.

Todo un éxito, en suma, de estos estadistas "monstruos".

F. . I.

Comité Regional del Centro

Sección de Administración

Este Comité pone en conocimiento de todos los Federados que, desde el día 18 del presente mes ha quedado constituida la Agrupación Anarquista de El Escorial de la Sierra sita en Capitán Galán, núm. 14, por lo que recomienda a todos el deber que tienen de pasar por la misma para poner los carnets al corriente y cambiar las antiguas tarjetas anormales que la guerra nos obliga a vivir, todavía las posean.

Por el Comité,
EL SECRETARIO.

Madrid, 23 agosto 1938.



- FRESCALES. — Embajador de desvergüenza.
- FRESCO. — Aspirante a la Embajada anterior.
- FRESCURA. — Endurecimiento facial, por eliminación del decoro.
- FRIALDAD. — Antecala de la amistad.
- FRIO. — Propaganda del verano.
- FRITO. — Estado al que llega lo que puede dar algo... y lo da.
- FRONTERA. — Límite variable de la ambición.
- FRUTA. — La más sabrosa la "cercado ajeno".
- FUEGO. — ¡No asustarse!... ¡es nada!
- FUENTE. — Ubres de la Naturaleza.
- FUERZA. — Belleza de la envidia.
- FUGARSE. — Sacar pasaje en la nave de la libertad.
- FULANO. — Con Mengano y Zutano forma la trinidad que todos conocemos.
- FUMADOR. — Chimenea consciente.

S. U. de las I. del P. y A. G.-C.N.T.